

nes se originan dentro del inconsciente del creador o en su relación con el mundo externo, y son tratadas dentro de la obra.

A la poesía le importa su raíz utópica, su hogar espiritual, pero igual le concierne la historia y el mundo que la rodea, los cuales, juntos, van a dispensar al sujeto de las tensiones propias de la creación. Es el paso continuo, de ida y vuelta, que va de lo interno a lo externo y viceversa. La poesía es una forma de conocer la realidad y a la vez se comporta como un “sueño utópico colectivo” que ha proseguido a través de la historia.

Porque más que decir lo real, el lenguaje poético debe expresar el alumbramiento de lo verdadero, el desmascaramiento de la falsa ilusión, del espejismo de lo inmediato.

*Voces de Baguú* busca la creación de un objeto desconocido hasta el momento, el cual, sin embargo, y desde ya, posee una realidad y una verdad interior, es decir, la supresión de lo desconocido, un límite lejano al que nos aproximamos y que se realiza a través de los descubrimientos parciales. La poesía pretende la soberanía sobre el mundo de cada creador, gracias a su vocación espiritual y a sus posibilidades infinitas, tal como lo expresa otra vez el poeta:

*La vida se extiende como un dios sobre las pieles. Florece y arde. Trepas y se sumerge. Cae. Ordena su pico para cantar más alto, pule sus escamas y se lanza al vacío hasta dar con él. Nunca creará otra cosa.*

Los rasgos espirituales se hallan alojados dentro del hombre, conjunto de la experiencia entrañable que trasciende, se hace obra. Entonces la poesía se concibe como sustancia consciente que se aloja en el interior (primero es una sustancia extraña y desconocida, pero luego se torna conocida, debido a su aprehensión, discernimiento e interiorización profunda), gracias al proceso de exteriorización. Lo que era sustancia potencial, de esta ma-

nera se vuelve actividad, acción, logro, realización; es decir, hecho poético. La actividad consiste en imprimir su huella, su forma sobre los objetos y su contenido. Es que la poesía de *Voces de Baguú*, tercer libro de Alberto Vélez, se torna acto, verbo, poder, suma brevedad, un designio que no nace de la sangre sino que viene de lo “más alto”.

GABRIEL ARTURO CASTRO

## Lenguaje hábil, ingenuidad persistente

### Pistoleros / putas y dementes

Efraím Medina Reyes  
Editorial Planeta, Bogotá, 2005,  
93 págs.

Efraím Medina Reyes ha sido llamado “nuestro superhéroe”, y esa frase es feliz y deliberadamente ambigua, porque, por un lado, alude al hecho de que uno de los mundos en que este escritor habita es el del cómic (*Batman y Robin* y la *Pantera Rosa* figuran entre los títulos de dos de sus cuatro novelas publicadas hasta la fecha); y, por otro, señala a Medina como el protagonista de una hermosa historia: la del muchacho pobre de barriada que logra hacerse rico y famoso, no a través del boxeo (como algunos, en su Cartagena natal, de entre tantos que se dedican a este deporte, que él, por cierto, también practicó), sino a través del oficio que más envidia y menos perdona la clase de los ricos y famosos de cuna: el de artista literario.

Medina, como autor que —por una inclinación debida a su temperamento y a su gusto personal— se ha ubicado fuera del centro, en la periferia de la irreverencia y la contracultura, rinde culto, desde luego, al fracaso (no en vano esa empresa, real o ficticia, a la que atribuye la

producción de varios de sus proyectos artísticos, se llama *Fracaso Ltda.*). Pero la vida le ha jugado una mala pasada: lo ha convertido en un hombre de éxito, en una estrella de los *mass media*, incluidas las revistas del corazón.

Si no, fíjense: en un lapso de menos de cinco años pasó de ser un narrador sólo conocido en los (estrechos y casi secretos) círculos intelectuales del país, a un autor de novelas con excelente rotación en las librerías, publicadas por prestigiosas editoriales multinacionales y traducidas a otros idiomas; un autor con agente literario, invitado a encuentros de letras en muchos países, jurado en el Festival de Cine de Venecia y radicado en Italia con mujer italiana: nuestro superhéroe.

Pero Medina, desdeñando todo ello, como si esa nueva vida fuese sólo un falso destino adherido artificialmente al que es el suyo de verdad —el más íntimo, el más profundo—, continúa expresándose en sus libros como un marginal iracundo y desadaptado. Prueba de tal cosa la constituye este reciente volumen de gran formato, en el que nos ofrece una selección de sus “más grandes impactos” poéticos: *Pistoleros / putas y dementes*.



Se trata de una serie de “pequeños poemas en prosa” sobre los más diversos temas, una *varia lección* a la que el autor trata de darle un orden, clasificándola en tres secciones: *Traseros asesinos*, *El gusano metafísico* y *Club de pistoleros*. Como lo sugieren sus títulos, en la primera predominan los poemas de



amor (o los antipoemas de amor); en la segunda, una especie de aforismos o parábolas (es tal vez la más pareja de todas, tanto por la uniforme brevedad de todas sus piezas como por la sostenida y honda calidad poética de las mismas, que incluyen genuinas joyas como *Razones del leñador*, *Este lado abajo* y *El bosque infame*, entre otras); y en la tercera, composiciones sobre bandidos famosos y otros personajes célebres de la cultura de masas (donde incluye a su propia madre, a la que llama “la bruja blanca” y a quien dedica los poemas más tiernos de la obra).

A estas tres partes añade, al final, una larga elegía a un entrañable amigo trágicamente muerto, que logra el milagro de que el poeta, cediendo por una vez en su ira jupiterina, termine flaqueando justo en las dos últimas líneas del libro y llore, ante esa pérdida dolorosa, de una manera que resultaría normal —pero igualmente conmovedora— en cualquier mortal del común en una situación semejante.



Ajeno a la división señalada, el volumen es atravesado por un buen puñado de baladas pop (no es gratuito que uno de sus textos se titule *Alimentos enlatados S. A.*, que inevitablemente nos hace pensar en las latas de sopa Campbell de Andy Warhol): figuran en ellas la revista *People*, Jodie Foster, el *Informe Hite*, los *cowboys*, una estupenda minibiografía de John Lennon (*El término de la distancia*), Jesse James, Billy The Kid, Pat Garret...

Tal vez una debilidad de este trabajo consista en la ingenuidad persistente de querer inventar nuevas, originales y deslumbrantes metáforas (que abundan aquí bajo la forma de símiles). No pocas resultan forzadas, no obstante que pueda hallarse alguna que sepa pegarse a nuestra memoria, como ésta, referida a una de sus musas: “Seca como una lápida sin nombre”.

La voz que habla en *Pistoleros / putas y dementes* —con un lenguaje de manejo hábil y fluido— se distingue por un tono que va de lo irónico a lo mordaz y, muchas veces, a lo crudamente injurioso y vociferante (cierta adjetivación execratoria que le es característica parece influida por la jerga de ciertos personajes bajomundanos del cine estadounidense, digamos del tipo de los de *Carlitos Way*, por citar sólo un ejemplo). Por eso echa uno de menos en estas páginas, por otra parte, un homenaje (tarea que le queda pendiente a Medina) a quien fue gran exponente de esos modales verbales: el brillante y estupendo Cassius Clay de los años sesenta, que, con una agudeza tan cortante como graciosa, pregona-ba sus propias virtudes y subrayaba los defectos de sus rivales a voz en cuello.

Otras veces asoma una visión torcida (con un torcimiento propio de su ilustre paisano Luis C. López), como en *Doctor Marcus*, en que el poeta imagina que, al trinar feliz después de cagarse en su cara (en la del poeta), el azulejo está celebrando esa maldad (“su malditidad”).

Una fortaleza: los títulos de los poemas son siempre inteligentes (y, por lo demás, nunca obvios en relación con el contenido de cada cual) y casi no hay una sola frase que no sea de algún modo interesante, aunque sólo sea como una curiosidad intelectual. Por esa y las otras razones ya indicadas (y también por las no indicadas), desde esta reseña se recomienda al personal leer *Pistoleros / putas y dementes*. Vale la pena. Porque, como dice el propio autor en alguna parte de este libro, él, Medina, al con-

trario de lo que han sentenciado algunos críticos, “no [es] un pelele que juega a ser artista”.

JOAQUÍN MATTOS OMAR

## Uno tiene que cantar

### Antología

Eduardo Cote Lamus

Universidad Externado de Colombia, Bogotá, 2004, 75 págs.

Ganador del premio de poesía “A la joven literatura” en 1951, *Salvación del recuerdo* fue publicado en 1953 por José Janés, en España, con ilustraciones de Carlos Augusto Cañas.

Es un libro abundante, copioso de versos y figuras, donde aparecen la madre, Mayra la amada, los amigos. Varios de los epígrafes corresponden a poetas españoles, como José Manuel Caballero Bonald o José Ángel Valente, o hispanoamericanos, como el nicaragüense Ernesto Mejía Sánchez, con quienes convivía entonces en Madrid. En sus memorias, Caballero Bonald ha dejado un recuerdo inolvidable de esa bohemia crapulosa, bajo el ala del franquismo, donde el bar de Honorio era, por cierto, más visitado que las clases universitarias. Todo ello en la afectuosa amistad de colombianos como Hernando Valencia. Cote estaba dedicado a vivir la poesía con fervor y entusiasmo, y por ello Garcilaso y Quevedo, Jorge Guillén y Vicente Aleixandre se convertirían, no sólo en este libro sino en sus futuros poemas, en mediadores apropiativos: gracias a ellos se descubre a sí mismo y el paulatino toque personal de su poesía. Generalizando, se puede hablar de una obra compuesta por unos 150 poemas que pasa de un conceptismo preciosista, algo gongorino, a un coloquialismo más escueto, y donde son las enumeraciones su predilecto mecanismo expresivo: infancia, pájaros, ángeles, trigos, ríos, en un afán por